

EL IMPARCIAL.

DIARIO LIBERAL.

TIRADA DE EL IMPARCIAL DE AYER.

Madrid.....	16.740
Provincias.....	23.397
TOTAL.....	40.137

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.—Real y medio línea.—Comun- cados y remitidos, precios convencionales.

SUSCRICION.

Madrid CUATRO reales al mes.—Provincia VEINTICUATRO primetros.—CUARENTA semestres.—Ultramar y extranjero SE- GENTA reales trimestre. Toda la correspondencia debe dirigirse al Administrador de EL IMPARCIAL.

DON JOSE DE PALMA Y RICO, Plaza de Matute, núm. 5, Madrid.

ADVERTENCIAS.

EL IMPARCIAL repartió ayer en Madrid 12.190 números y por medio de los vendedores a 550, total 6.665. Esta circulación de un periódico de la mañana que vive todo el día garantiza a los anunciantes la mayor publicidad que puede obtenerse en Madrid. El envío de provincias es de 2 s. 39., lo cual constituye un total de tirada de 40.137 números.

Se reciben los anuncios en la administración de nueve de la mañana a las seis de la tarde a los precios consignados en la cabeza del periódico, donde se publica la tirada del día, la cual pueden comprobar los anunciantes.

Desde las seis de la tarde a las tres de la madrugada se reciben los anuncios y papeletas de defunción en la imprenta a precios convencionales.

EL GABINETE EN INGLATERRA.

II Y ÚLTIMO.

Desde 1715 hasta la época presente, dice el señor vizconde del Ponton, ha habido cuarenta y tres distintos Gabinetes en Inglaterra; ninguno ha estado presidido por el ministro ó secretario de la Guerra, y dos únicamente han tenido por jefe a un general; el de 1717 al conde de Stanhope y el de 1828 al duque de Wellington. Los hombres de estado británicos, sin distinción de partidos, han comprendido que el militarismo político y la preponderancia del elemento militar en el gobierno no pueden existir más que en las monarquías absolutas militares, en que el soberano es a un tiempo mismo jefe sin limitaciones del Estado y del ejército, pero que es enteramente incompatible con el régimen parlamentario. En los Estados europeos son indispensables los ejércitos permanentes para defender la independencia del país contra agresiones y ambiciones de potencias extranjeras, y para amparar la seguridad personal, la propiedad, las instituciones y la unidad de la patria contra los ataques de la demagogia y del socialismo. Los que sostienen su disolución para halagar las pasiones populares, se arremetieron con amargura de su loca imprudencia el día en que llegaron a ejercer el poder; y se verán en la triste situación de ser instrumento de la perdición de la sociedad, ó de gobernar y hacer respetar su autoridad por los mismos medios que antes habían censurado, exponiéndose a que el pueblo dude de su formalidad y de su buena fe. Proclamando la necesidad de los ejércitos para contrarestar las funestas consecuencias de las predicaciones revolucionarias, disolventes y anárquicas, decía elocuentemente Donoso Cortés, que es época la nuestra en que se va a la civilización por la fuerza y a la barbarie por las ideas. Mas para que los ejércitos sean una garantía de orden y no un peligro, han de mantenerse apartados de la política, atentos al cumplimiento de sus deberes, y sus jefes no han de emplear las fuerzas que se les confían para medrar y encumbrarse derribando gobiernos, Constituciones y dinastías.

Cuando Napoleón estaba a punto de partir para la isla lejana de donde no había de volver, dijo, como anunciando una venganza. «Ahora veremos lo que hace Wellington». Esperaba sin duda que aquel ilustre general, en el apogeo de la celebridad y de la gloria, no se resignaría a la posición de súbdito obediente y de miembro de uno de los Cuerpos legislativos, y que se sobrepondría al gobierno y no respetaría las instituciones parlamentarias. Wellington, educado en una nación en que todos se someten a la ley, y la obedecen y la cumplen, supo servir a su país en la paz con el mismo patriotismo con que la había servido en la guerra. Apoyó con la autoridad de su inmenso prestigio, a los gabinetes conservadores de lord Liverpool y de Jorge Canning; fué presidente del Consejo de ministros en circunstancias difíciles, para resolver la difícil cues-

tion de la emancipación de los católicos; y en 1834 cuando se le confió por segunda vez la formación de un ministerio, aconsejó respetuosamente y con digna modestia al rey, siendo feld-mariscal, aristócrata y jefe de la mayoría de la Cámara de los Lores, que le relevara de este encargo y que pusiera al frente de los negocios públicos a Sir Roberto Peel, hombre civil y nieto de un fabricante de telas de algodón. Ejemplo es este que debieran imitar los generales de todos los países, ya que no es dado a todos hacer campañas tan notables y afortunadas como las del célebre duque en la península española.

No necesitan ciertamente comentario alguno las líneas que dejamos copiadas cuando por ellas se demuestran las diferencias que hay entre la Gran Bretaña y nuestro país respecto a la estabilidad de las situaciones políticas y al carácter esencialmente civil que predomina a las de Inglaterra, tanto menos cuanto que necesitamos el espacio de que podemos disponer para reproducir el párrafo del artículo que nos ocupa y en el cual se demuestra el sentido práctico de aquel pueblo en lo que se refiere a la administración pública.

«La costumbre, dice, que indefectiblemente se observa en los diferentes ramos de la administración pública es que todos los empleados, incluso uno de los subsecretarios, sean personas de conocimientos especiales, de carrera, de aptitud reconocida, que no deban sus destinos a influencias políticas ó de partido, y que no los pierdan sino por causas justas debidamente probadas; pero que el ministro sea un hombre político importante con autoridad y prestigio en el Parlamento y en el país.

No perteneciendo al ramo de la administración que está llamado a dirigir, el ministro parlamentario, según M. Bagheot, libre de preocupaciones de carrera, debiendo ser el inspirador y el crítico de su departamento ministerial, le mejora, le da mas actividad y nueva vida, le pone mejor en contacto con otras ruedas de la administración, suprime tramitaciones inútiles, contrasta el espíritu de rutina y de egoísmo, y combate la obstinación y la pequeñez de los instintos burocráticos. Estas ventajas, a las que se agrega también la de que el ministro puramente político puede defender con éxito los verdaderos intereses de la administración contra los ataques exagerados ó imprudentes de las Cámaras, compensan en gran parte los inconvenientes que ofrece para el buen despacho de los negocios y bajo el punto de vista administrativo el cambio de todos los ministros cuando cae un gabinete. Parece que por muchos y diversos motivos debiera haber rivalidad, ó por lo menos escasa simpatía, entre los altos empleados permanentes que han llegado al término de su carrera después de muchos años de constantes servicios, y los ministros que lo son por las exigencias de la política, y muchas veces al poco tiempo de haber entrado en el Parlamento; y sin embargo la experiencia demuestra, según manifiesta M. Helps, que ha tenido ocasión de observar, que se entienden bien, que se aprecian sinceramente, porque unos y otros obran y proceden impulsados por el deseo del bien público.»

Con verdadero dolor suprimimos algunos otros párrafos del artículo que se refieren a la organización de los partidos en Inglaterra y a las prácticas parlamentarias en aquel país, según las cuales no siempre que el gabinete tiene que abandonar un proyecto de ley importante ó pierde alguna votación en la Cámara de los Comunes presenta su dimisión, lo cual solo se verifica en el caso de faltar a los ministros mayoría segura en la Asamblea electiva, y hallarse la oposición en disposición de organizar un gobierno; pero los que quieren explicarse esto, que entre nosotros parecería extraño y fenomenal, pueden conseguirlo leyendo las siguientes líneas con que termina el notable trabajo del señor vizconde del Ponton y en las cuales se halla en realidad el secreto de la superioridad de aquella monarquía constitucional. Dice así:

«Una de las principales causas del prestigio de los hombres políticos en la Gran Bretaña, es que no muestran impaciencia por entrar a formar parte del gobierno, y saben aguardar eligiendo las ocasiones naturales y propicias para organizar gabinetes que tengan probabilidad de durar y puedan dirigir los negocios públicos con provecho para la nación.

No tuvo empeño Peel en 1839 en formar ministerio, y esperó dos años tranquilo y confiado a que la opinión del país se manifestase ostensiblemente en favor de los conservadores. El partido liberal y el gabinete de lord Melbourne que le representaba perdieron gradualmente el apoyo de la nación y del Parlamento, y en 1841 la oposición logró que por un voto de mayoría declarara la Cámara de los Comunes que no merecía su confianza el gobierno, y que su permanencia en el poder no era conforme al espíritu de la Constitución. Vióse entonces por segunda vez la independencia que el cuerpo electoral había adquirido con el bill de reforma de 1832. Las elecciones de 1841, como las de 1835, produjeron la dimisión del ministerio. Llamado entonces Peel para organizar una administración, recogió el fruto de su patriótica y hábil prudencia encargándose de la dirección de los negocios del Estado en el momento oportuno, cuando la opinión pública le designaba para aquel elevado puesto, y cuando gozaba de un prestigio y de una autoridad que ningún jefe de partido y ningún primer ministro habían tenido en Inglaterra desde la época de Guillermo Pitt. Pueden los hombres públicos de aquel país esperar con paciencia y estar largo tiempo fuera del gobierno y en la oposición, porque no viven de la política y cuentan con la suficiente fortuna para atender a los crecidos gastos que las exigencias de la vida pública con frecuencia imponen. En todas las naciones debiera suceder lo propio, porque es un mal de incalculables consecuencias, no solo para el régimen parlamentario, sino hasta para la conservación del orden público, que hombres que carecen de recursos para vivir con independencia y que necesitan los sueldos de las altas posiciones oficiales, sean los que se hallen al frente del gobierno y los que aspiren a reemplazarlos.»

Recomendamos a la meditación de nuestros lectores las últimas indicaciones del ilustrado colaborador de la *Revista de España*, seguros de que ellos deducirán las consecuencias que nosotros no podríamos deducir sin esponernos infructuosamente a percalances que debemos evitar.

MISCELANEA POLITICA.

Nuestro querido amigo el Sr. Arais nos avisa las fechas de varias cartas que nos ha dirigido desde Castañon y Tudela, y que no han llegado a nuestro poder. Suponemos que no serán las nuevas la causa de este extravío, cuando otras cartas intermedias han llegado sin él; diremos mas, creemos poder indicar por dónde desaparecen esas cartas, y si ese extravío continúa nos proponemos denunciar lisa y llanamente ante la opinión pública ese verdadero abuso, pues no creemos que el tener correspondientes en el ejército del Norte sea ni pener ser para otra cosa que para que nuestro periódico ó nosotros aprovechemos las noticias que aquellos nos comunican.

Por hoy nos limitamos a llamar la atención del señor director del ramo, rogándole, y confiamos en que lo hará, que tome las medidas oportunas para que no haya esas filtraciones de correspondencia, y creemos hacerle un servicio apuntando este hecho.

Del *Eco de España*: «La *España Católica*, que sin duda habria ido a saber lo que cuesta el viaje desde Madrid a alguna isla, escuchó lo siguiente en el despacho del camino de hierro de la calle de Alcalá:

—Domingo, decía un mozo subido en la vaca de un omnibus, dirigiéndose a otro que estaba en la acera, y enseñándole una estaca colosal. —¿Qué quieres, hoy?

—Mira: este es el código de este año. (Histórico). El diálogo que nosotros hemos oído no es histórico, pero es verdad. —Me paga Ud. 20.000 duros que me debe? —Si señor; tráigame Ud. otros 20.000 y le daré bonos del Tesoro al 50 por los primeros y a 47,50 por los que me traiga. —Pero, señor, ¡si no tengo una peseta! —Pues, beato el que posea. Desde que la *Prensa* sorprendió en la calle de Toledo un diálogo entre una mujer, que rogaba con otra, y un hombre que pretendía ponerlas en paz, todo el mundo se ha dado a oler donde guisan. y raro es el día que los periódicos no publiquen su correspondiente diálogo.

Leemos en la *Iberia*: «Se ha dispuesto que puedan volver al seno de sus familias los individuos del comité alfonsino que habian sido desterrados a Cádiz. El Sr. Sagasta dió el miércoles las órdenes oportunas.» A otra.

Dice la *Política*: «Hemos cerrado la semana sin novedad, gracias a Dios.» Y a la nieve.

A falta de comunicaciones con el mundo civilizado y de noticias que trasmitir a sus lectores, la *Política* se declara en huelga, levantando sus reales de la calle de San Miguel para fijarlos en el Museo Romero Ortiz, apenas conocido y que encierra muchos, muy ricos y curiosos objetos, menos científicos que los que guarda el Museo Harthkoff, al cual giró nuestro colega días pasados su correspondiente visita, pero en cambio menos repulsivos.

En el museo Romero Ortiz no hay, como en el museo Harthkoff, un periodista siberiano en una especie de petro, ni un zavo herido, ni un gorilla; pero hay:

Una caja de marfil del distinguido artista gallego Sr. Cosiño que va a guardar autógrafos curiosísimos, y dentro de la cual pide sitio nuestro colega para el original del decreto de indulto concedido a los directores de la *Prensa* y la *Bandera Española*, antes de saberse si eran ó no culpables y la orden de supresión del primero de los citados periódicos: Dos bastones de mando, uno del general Pavia, con esta fecha, 3 de enero; y otro del general Primo de Rivera, que llama nuestro colega *el baston de papá*, por la predilección con que el capitán general de Madrid distingue a la prensa;

El sable que el general Topete usó en el Callao, «el general Topete (palabras testuales de la *Política*) conserva la espada, hoy de la conciliación, que aparece suspendida, como la de Damocles sobre la situación homogénea; El uniforme que usó Cabrera en la guerra civil, de manga estrecha, junto al cual, cediendo a las exigencias «de la armonía estética, se promete colocar la *Política* otro de manga ancha, de igual graduación, pero cuando volvamos al período de las garantías, porque eso de exponerse a una suspensión, es tanto;

Un camaleón, trasunto fiel de tanta gente como pasa y repasa el puente de Alcolea, unos rubios, otros pelirrojos (¡meditemos!); El sello que usaba el mariscal Radetzky cuando venció en Novara a Carlos Alberto, y que no hay noticia que haya servido para autorizar pruebas de periódicos;

Una estaláctica de las cuevas de Bella Mar, en Matanzas, cuya transparencia hizo pensar a nuestro colega en las operaciones de Hacienda;

Una... pero basta; creemos habernos hecho cargo de los objetos mas curiosos del museo Romero-Ortiz que expone al público la *Política*, y terminamos aquí esta larga miscelánea, ofreciendo al señor ministro de Ultramar, para su caja de marfil, una co-

POLITIN DE «EL IMPARCIAL.» (2)

EL BARON DE LANTERNE.

TRADUCCION DE N. LIENZORO.

(Continuacion)

William Forster abrió los ojos. No quedaba al desgraciado inglés mas que un soplo de vida. Mirandome con miedo me dijo: —Aproxímate, capitán Claudio. Así lo hice, compadeciéndome poco de su situación. El lo advirtió. —Es ella... Ya veis su obra. Es lady Cremarty, la que me ha hecho asesinar... Debía esperar tal fin, porque está escrito: El que a hierro mata a hierro muere... También ella, así lo espero, morirá lo mismo. ¡Oh! sí; Dios que es justo, dijo con desesperación, castigará como merece a esa infame mujer!... Y sin embargo, ¡ella me amaba!... Sí, esta noche me amaba aun. ¡Si hubierais visto sus ojos! —Ay de mí, y en qué pensaba! ¡Por qué he vuelto a ser su esclavo! ¡Qué demonio sacado del infierno me ha arrojado nuevamente en su camino! Al salir de Eourettes estaba resuelto a seguirlos, y sin embargo era ya su prisionero. —¿Qué me dijo para engañarme? Que me amaba. Sabía que no era verdad, lo había visto con mis mismos ojos, y no obstante la creí. No se ha sincerado porque no podía hacerlo; me ha dicho que no la amaba, que la aborrecía, ¡y qué queréis! he sido tan necio, que me he disculpado de cuanto acababa de hacer, prometiéndola un amor eterno. —¿Me amais? me preguntó en inglés para que no comprendiera Plosko. —No sabía que contestarla, y solo la dije que daría por ella la vida. ¡Ay de mí! No creía que estuviera tan cercano el momento de cumplir mi promesa. —Pues bien, huyamos. —¿Y a dónde?

—Donde quieras, William, con tal de abandonar este horrible país, a Bois-Rose y a ese Claudio que no es más que un soldadote matamos. —Yo vacilaba. Entonces me ha mirado como ella sola sabe hacerlo ¡Ah, la pérdida! —Capitán, perdonadme. En aquel momento todo lo olvidé, todo lo que os había revelado, lo que había prometido, mis juramentos de odio y de venganza y hasta al mismo Bois-Rose. No he pensado más que en seguirlos. —Entonces mandamos a Plosko traer agua de la fuente y emprendimos la fuga. —Pasados algunos momentos lady Cremarty, viendo que no la perseguíamos, ha hecho alto y me ha dicho: —William, volvamos a Eourettes a libertar a los prisioneros... —He querido hacer algunas observaciones. Vámonos a Holanda ó Alemania, la dije. —Pero no me escuchaba. Había vuelto a ser su esclavo. —Regresamos al castillo, donde con una palanqueta de hierro forcé la puerta del calabozo donde estaban encerrados los bandidos. —Y en cuanto esa mujer se ha visto rodeada de los suyos ha cambiado su carácter tratándome con dureza. —Emilia, ¿de qué tenéis que culparme? la dije. —No se dignó contestar; pero la conocía demasiado, y lei en su fisonomía todos sus sentimientos. Como el marino al primer punto negro que oscurece el horizonte, yo adivinaba la tempestad. —Pero ¿de qué me quejo? He visto el peligro, y no lo he evitado. —Hacia las siete de la tarde atravesábamos los eriales de Saint-Feyre para volver a Felletin, y llegabamos a la altura que se ve de muy lejos y que domina el castillo de Villalfort Emilia de pronto mandó hacer alto. —Habló en voz baja a Franchard, y poco despues, cuando yo iba mas desprevénido, cuatro hombres se han precipitado sobre mí, me han desarmado y atándome las manos me han arrojado a los pies de lady Cremarty

—Entonces fué cuando conocí mi insensatez. ¿Por qué librar yo mismo a esa pantera devolviéndola sus dientes y sus garras? —Emilia, despues de hacer alejar a todo el mundo, me ha dicho: —William, ha llegado tú última hora: vas a morir. —Sentí renacer todo mi odio y lancé un grito de terrible desesperación. —Anda, asesíname. Quien ha hecho matar a su marido, bien puede asesinar también a su amante; ¡pero teme la justicia divina! —William, ¿no querías sacrificar tu vida por mí? y sus ojos centelleaban con sarcasmo infernal; pues bien, vá a cumplirse tu promesa. Yo soy quien juzga y te condena... William, te he querido demasiado para no odiarte hasta la muerte. El que conoce mis secretos y los revela, no puede vivir. —Yo callaba, pues temía que pudiese creer que iba a pedirle gracia. —William, ¡te acuerdas de los primeros tiempos de nuestro amor? Eramos muy jóvenes entonces, casi niños, querido William, te amaba como se ama a los diez y seis años, por primera vez... ¡Era realmente amor! ¿Quién sabe yo misma no lo sé. Acaso, mi buen William, no eras para mí otra cosa que un objeto de experiencia. —¿Miserable! la dije rechinando los dientes, no te culmanes. —Sí, sé muy bien que esta suposición hiere tu vanidad, mi querido William; pero, en fin, es lo cierto. ¿Crees tú que si no fuera así, lady Emilia, hija del marqués de Lharbury, hubiera descendido hasta un criado?... —Lancé un grito de furor al ver tan increíble cinismo. —Sí, un criado... menos que eso, un lacayo, hijo de un lacayo de mi padre. En verdad, pobre William, te has hecho ilusiones... ¿Quién? Yo! yo haber amado a ese... Amigo mío, sé mas modesto. Amaba el amor, ómas bien, quería conocerlo por tí y no otra cosa. Hoy me arrepiento y todo pecado alcanza misericordia. —¿Y me sacrificas a ese Bois-Rose, a un bandido digno de tí?

Como tenía prisa para hacer mis preparativos de marcha, iba a dejar a William Forster, importándole muy poco saber la serie de razonamientos y amenazas de lady Cremarty que habian precedido al crimen, pero él me detuvo. —¿Aún no lo sabeis todo, capitán Claudio. ¡Vivid alerta! Escuchar lo que me ha dicho Emilia. —Al oír el nombre de Bois-Rose, quiso reírse. —¿De manera que de eso crees, William, que yo me ocupo aún de ese pobre Bois-Rose y que mueres por su causa! ¡Oh! William, estando a las puertas de la muerte, porque vas a morir enseñuida, tienes derecho para conocer todos mis secretos. Yo no amo ya a ese Bois-Rose, no, ya no lo amo... ¿Te extraña, mi buen Forster?... ¿Para qué disimular mas tiempo? ¿Para qué mentir? Lo que voy a decirte, tú solo lo sabrás... y no tendrás tiempo de repetírselo a nadie... Los muertos son discretos, William... No amo ya a Bois-Rosé, pero tranquilízate, me casaré con él como si le amara, tan pronto como haya perdido a su primera mujer. Estoy cansada de esta vida aventurera y no tengo recursos, yo que debería gozar la inmensa fortuna de lord Cremarty confiscada por los puritanos de Inglaterra. Quiero ser marquesa de Bois-Rose cuando el marqués enveje... lo que sucederá pronto. —Y entonces, ¿volverás a quedar viuda? —Tal vez, me respondió riendo. Si esto puede consolarte, alimenta al menos esta esperanza, mi buen William. —¿Y cuál será entonces el sucesor del marqués? porque ya habrás pensado en ello, ¿no es verdad, Emilia? —Lo has adivinado. Es un gentil y valiente soldado, al que me consideraré dichosa en obedecer, porque estoy ya cansada de mandar y de querer por dos. Deseo servir, en fin, y ser derrotada como reina; el que lo consiga será mi dueño, yo te lo aseguro. Le amo y no le conozco mas que hace veinticuatro horas. No es ni pendenclero como Bois-Rose ni asesino como tú. —¿Miserable! grité entonces solvadas

que tu pusiste en mi mano el arma que había de matar a mi bienhechor, lord Cremarty? —¿Le mataste por mí? —¿Por tí, miserable! y por orden tuya. —¿Y por qué me obedeciste? ¿Hubiera encargado de este crimen a un hombre honrado? —¿Y quien es él? —¿El que amo hoy, el que reemplazará a Bois-Rose, es el capitán Claudio. La relación de William Forster me había causado la mas extraña sorpresa: estas últimas palabras me produjeron una rara sensación, pues sentí a un mismo tiempo horror y alegría. —¿Una mujer tan bella, pero a la vez tan infame! William terminó su historia, diciéndome que atado de piés y manos, el mismo jefe de la partida de lady le había dado de puñaladas, y que habiendo perdido el sentido dejóronle por muerto en el erial de Saint-Freyre, de donde los contrabandistas lo recogieron. Una hora despues espiraba el infeliz en mis brazos, encargándome su venganza.

XXIX.

Llegó el momento de partir, porque empezaba a amanecer. Nos despedimos Plosko y yo del buen contrabandista, conviniendo en que invitará a todos sus camaradas que quisieran ayudarme en mi empresa y le vacárgu que fuesen a buscarme. Mi madre debía servir de intermediaria entre ellos y yo y trasmitirles la consignación. —Sobre todo, dije al partir al contrabandista, pensad que jugamos la cabeza en la partida; que Bargonza dispone de fuerzas considerables; que está muy prevenido; que será auxiliado por todos los curiales de Francia; que hará venir, si es necesario, tropas de Orleans y de París, y que en fin, importa habérselas lo menos posible con las gentes del rey. (Se continuará.)